

Bozza, Juan Alberto

El anticomunismo en los sesenta: Huellas y razones de una obtinación

V Jornadas de Sociología de la UNLP

10, 11 y 12 de diciembre de 2008

Cita sugerida:

Bozza, J.A. (2008). El anticomunismo en los sesenta: Huellas y razones de una obtinación. V Jornadas de Sociología de la UNLP, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5905/ev.5905.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

QUINTAS JORNADAS DE SOCIOLOGIA DE LA UNLP. PRIMER ENCUENTRO LATINOAMERICANO DE METODOLOGIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES.

EL ANTICOMUNISMO EN LOS SESENTA.

HUELLAS Y RAZONES DE UNA OBSTINACION.

JUAN ALBERTO BOZZA.

Centro de Investigaciones Socio Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, U. N. L. P.

Albertobozza@speedy.com.ar

Presentación.

La historia política ha considerado con acierto a la década del sesenta como un período de conformación y emergencia de fenómenos de radicalización política. Una dimensión complementaria de dicha irrupción fueron las manifestaciones reactivas, en defensa de un orden social al que se veía amenazado por grupos o tendencias “revolucionarios”. El anticomunismo creció como una manifestación concreta de dichas actitudes preventivas y represivas. En el marco de un sistema político inestable e ilegítimo (el peronismo, la fuerza política mayoritaria, sufría diversos grados de proscripción), aquellas conductas contribuyeron a realimentar una crisis política, irresoluble en el corto plazo, que se tornó endémica desde el derrocamiento de Perón. Imbuido de esta convicción, este trabajo se propone observar episodios, actores y argumentos de la prédica anticomunista como factores que erosionaron la continuidad institucional en la primera mitad de la década, alentando el blindaje represivo de los regímenes civiles y formas desembozadas de intervención militar. Afirma que la creencia en la inmediatez de la “amenaza comunista” no fue patrimonio exclusivo de las FFAA y de los aparatos de seguridad del Estado, sino que fue expresada y cultivada por diversas instituciones de la sociedad civil, incluyendo a partidos políticos, asociaciones empresariales, estamentos eclesiásticos, empresas periodísticas, etc. Sus voceros vislumbraron con aprehensión dos fenómenos interconectados, registrados con interés por este artículo: *la agitación y radicalización de las bases sindicales y juveniles del peronismo y el influjo que la Revolución Cubana despertó en un variado espectro de la militancia política y cultural del período.*

¿Es posible indagar y sopesar la *gravitación* del anticomunismo en aquel segmento de nuestra historia? ¿Incidió en la “opinión pública” sobre la inminencia del peligro que entrañaba? ¿Condicionó (obstruyó, aceleró) el curso de importantes decisiones gubernamentales que lo involucraban como problema significativo o cuestión conexas? Examinaremos en el período de gobierno del doctor Illia (1963/1966), la irrupción de

acontecimientos que, por su conflictividad, tal vez permitan responder a algunos de aquellos interrogantes.

Una consideración metodológica queremos referir acerca de la estructura del relato y de las fuentes de información que lo sustentan. A los efectos de retratar con fidelidad un fenómeno de vasta irradiación entre actores e instituciones, quisimos recuperar la característica *coral* y extendida de las voces y alegatos del anticomunismo local. El examen de textos incluye, por lo tanto, decretos, leyes, declaraciones, pronunciamientos de gobernantes, funcionarios, legisladores, militares, etc., recogidos en periódicos como La Nación, La Prensa; Clarín, revistas como Primera Plana; artículos y solicitadas provenientes de grupos de presión, corporaciones patronales y asociaciones específicas de *profesionales* del anticomunismo.

DIAS DE FURIA.

Las crispaciones de la *Guerra Fría* entre Frondizi y Guido.

La movilización sindical y política de comienzos de los sesenta puso en alerta a los dispositivos anticomunistas emanados del poder del Estado, así como al cultivado por otras organizaciones civiles. La preocupación sobre el “*peligro comunista*” suscitó una obsesión en ciertos factores de poder e inundó la opinión pública durante el gobierno de Frondizi. Tal conducta estuvo relacionada con la influencia del derrotero de la revolución cubana sobre los países integrantes de la OEA y, en nuestro país, con la convicción de que su influjo incidía gravemente la conflictividad social y política. Las Fuerzas Armadas adoptaron el anticomunismo como doctrina en un periodo caracterizado por el recrudecimiento de las tensiones internacionales de la *Guerra Fría*. La creencia de que se estaba ante un *nuevo tipo* de guerra, la *guerra revolucionaria* dosificó el anticomunismo en cursos de formación, misiones de intercambio, revistas, institutos militares, etc. Las primeras misiones militares francesas en Argentina difundieron aquel postulado estratégico desde los años finales de la década de 1950, luego incorporado por el Departamento de Estado y el ejército norteamericano¹. Entre 1960 y 1961, un coro influyente de militares, obispos, empresarios, políticos, *lobbistas* y medios periodísticos denunciaba la “infiltración comunista”, perpetrada en los partidos, en el mundo sindical, en la universidad y en la cultura; clamor sobreactuado

¹ Ver al respecto las evidencias aportadas por Marie Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Bs. As., Sudamericana, 2005, p. 274 y ss.

por resonantes denuncias e “investigaciones” de los aparatos de seguridad e inteligencia del Estado².

La dinámica de confrontación y radicalización adquiridas por las agrupaciones sindicales, políticas y juveniles del peronismo, así como la impronta *cubanista* en los grupos de la *nueva izquierda* eran asimiladas, sin dudarlo, al progreso de las estrategias “subversivas”. En una atmosfera propicia para el “contagio”, las sospechas cuestionaban al mismo gobierno de la UCRI con estridentes denuncias sobre complicidades o acciones encubiertas de personeros del “comunismo” que, finalmente, desembocaron en la destitución de Frondizi por parte de los militares, a fines de marzo de 1962³.

El anticomunismo se proyectó como una conducta de larga duración; sus aprehensiones se procesaron en sucesivas coyunturas de cuestionamiento y degradación de la estabilidad política de la época. El período que Cavarozzi designó como *semidemocracia*⁴ alojó, entre sus tramas conflictivas recurrentes, a la cuestión de la debilidad, inoperancia o “complicidades” de los regímenes civiles frente al presunto merodeo de la “sedición marxista”. Si bien este era un argumento propio de los líderes de las FFAA, el inestable gobierno de Guido fue dócil ejecutor de prácticas que priorizaban la seguridad y el orden, a los que se creía amenazados por la circulación de las doctrinas “comunistas”. Los decretos anticomunistas promulgados por su gobierno suponían la existencia de agentes que asediaban encriptadamente diversas dimensiones de las relaciones sociales. Esta asunción de la *teoría de la infiltración* fue ingrediente fundamental de la doctrina militar de la contrainsurgencia. El general Osiris Villegas, militar *azul* y funcionario del gobierno de Guido, actuaba y disertaba como ideólogo y experto en la revelación de las técnicas de *infiltración* en nuestro país. Según un texto de su autoría, el comunismo accionaba “*insidiosamente*” y con “*relativa impunidad*” al amparo de las cándidas libertades que le ofrecían las democracias occidentales; “*minaba*” las “*reservas individuales y colectivas*” de la Nación; e inhibía su “*capacidad de resistencia*”. La “*infiltración*” comunista que padecía el país requería el arbitrio urgente de “*severas leyes preventivas y represivas*”. Consideraba a la

² La agresiva campaña anti castrista en la Argentina utilizó, en octubre de 1961, el ardid de fraguar unas “*cartas cubanas*” que “*revelaban*” las interferencias del régimen revolucionario en el gobierno de Frondizi y en la sociedad. *La Nación*, 1 de octubre de 1961.

³ Para justificar la deposición de Frondizi, el Secretario de Marina, contralmirante Clement, acusaba al ex presidente de mantener una alianza pública con el comunismo. “Mensaje del contralmirante Clement”, recogido en *Clarín*, 23 de abril de 1963. Un análisis más exhaustivo de la cuestión en: Bozza Juan Alberto, *Tiempo de sospecha. El anticomunismo durante el gobierno de Frondizi*. XI Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 21 de setiembre de 2007.

⁴ Cavarozzi Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Bs. As., C.E.A.L., 1992, p. 13 y ss.

“*coexistencia pacífica*” como un ardid de la duplicidad del discurso comunista y a los regímenes civiles inoperantes para resolver la cuestión. Su conclusión era sombría sobre el futuro de la estabilidad institucional. Escribió: “*La gravitación (del rol de las Fuerzas Armadas) sobre el poder político debe estar en relación con la magnitud de la amenaza y la efectividad del gobierno para detenerla*”⁵. El gobierno de Guido consintió tal orientación. El decreto ley 8205/1963, de censura sobre el cine y otras actividades culturales propiciaba evitar “*las penetraciones y las maniobras de rodeo que pretenden la infiltración ideológica (...)*”. El general Alsogaray daba crédito a la infiltración de agentes disgregadores de la Argentina y reclamaba para la FFAA el control de las acciones de prevención y persecución del comunismo⁶.

En la crisis provocada por los enfrentamientos de militares Azules y Colorados, (septiembre de 1962 y abril de 1963), las controversias sobre cuáles eran los dispositivos más eficientes para la prevención del comunismo eran un ingrediente de la puja de estrategias sobre el tema de la integración condicionada o la proscripción absoluta del peronismo⁷. El problema ventilado en la disputa militar no era irrelevante. El peronismo ¿era un movimiento nacional policlasista que operaba como un escudo protector para inhibir la influencia *comunista* entre los trabajadores, como pensaban algunos líderes de la fracción *Azul*? ¿O, empujado a la confrontación, contenía en sus filas a elementos cuya dinámica de radicalización promovía formas de convergencia con activistas de una *neo izquierda* entusiasta de la revolución cubana, tal como advertía el bando de los *Colorados*?

La Marina, por caso, canalizaba el anticomunismo según el último enfoque. La conducción naval no podía tolerar a gobernantes que no se identificaran plenamente con el bando pro norteamericano de la guerra fría. Con preocupación, constataba la acción *disolvente* de doctrinas y grupos que, en el “*frente interno*”, interferían en el alineamiento occidental. Además del comunismo, la Marina inscribía en el escenario de la perturbación al peronismo y su acción “*totalitaria*” sobre la política y el mundo

⁵ Osiris Villegas, *Guerra revolucionaria comunista*, Bs. As., Biblioteca del Oficial del Círculo Militar Argentino, 1962, p. 9 a 11. Villegas fue Ministro del Interior en mayo de 1963.

⁶ Alsogaray definía las características de la “guerra revolucionaria” que acechaba a la Argentina desde el despuntar de los sesenta. La misma consistía “*en el despliegue e infiltración de las personas que entran al país, es decir gente que viene al país adoctrinada, la que se despliega infiltrándose en las instituciones, en las universidades, en los centros industriales y en los órganos del gobierno, etc. Esta es la primera parte: infiltración. Ya ha ocurrido en nuestro país*”. Declaraciones recogidas por Andrés Ceballos, “El discurso de la represión cultural, 1960/1983”. En: *Revista Escribas* n° III, Escuela de Letras, Facultad de Filosofía y Humanidades, U.N.C., 2006, p. 37

⁷ Rouquié Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Bs. As., Hyspamérica, 1988, p. 203.

sindical y a la “*mentalidad estatista*” que inhibía el desarrollo de las fuerzas del mercado⁸.

Lejos de apaciguarse, la cuestión amenazó la estabilidad del gobierno ungido en las elecciones de julio de 1963.

LAS PRESIONES ANTICOMUNISTAS DURANTE EL GOBIERNO DE ILLIA.

Dos fenómenos simultáneos, la agitación sindical y política contra el gobierno de Illia y derivaciones específicas de la conflictividad latinoamericana en la que se vio involucrada la política exterior norteamericana (nuevas represalias contra el régimen cubano y la intervención militar a Republica Dominicana), enardecieron los debates y fogonearon iniciativas anticomunistas. Estas conductas incidieron en ciertas decisiones gubernamentales y precipitaron en las instituciones y en la opinión pública relaciones de fuerzas favorables para conductas persecutorias al “comunismo”. Examinaremos, a continuación, las principales evidencias de este proceso conflictivo.

1. Radicalización sindical, peronismo revolucionario y lucha armada.

Aunque controlado por el aparato vandorista, siempre propenso a la negociación y refractario a estrategias insurreccionales clasistas, el Plan de Lucha de la CGT movilizó, entre mayo y junio de 1964, a un gran número de trabajadores en huelgas, y ocupaciones de fábricas. La jefatura sindical era un aparato conservador, acostumbrado a pactar con empresarios, gobernantes y militares. No obstante, en la militancia de aquel fenómeno se insinuaban organizaciones revolucionarias y radicalizadas. Ejercitaban la crítica al liderazgo vandorista, nucleándose en agrupaciones sindicales y juveniles identificadas con un *peronismo revolucionario* que asumía compromisos de tipo insurreccional, a la vez que daba cabida a los preparativos para la lucha armada. John William Cooke y su grupo Acción Revolucionaria Peronista (ARP) preconizaron la radicalización en el campo de la actualización ideológica y de la formación de activistas diseminados en los distintas agrupaciones del Movimiento. La experiencia obtenida en Cuba y sus vínculos con la dirección revolucionaria de la Isla, obraron como un puente recorrido por varios grupos juveniles y militantes sindicales de la izquierda y del peronismo. En el terreno más específico de la militancia gremial, Gustavo Rearte y el

⁸ La noción de “*frente interno*” era el neologismo militarista que designaba a la conflictividad política y a la puja distributiva domésticas. Discurso del Almirante Mario Lanzarini, Director de la Escuela Nacional de Guerra, *Clarín*, 1 de abril de 1963

Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), fundado en agosto de 1964, proyectaron la radicalización entre las filas del gremialismo peronista combativo⁹.

El radicalizado MRP confirmaba las preocupaciones de los dispositivos represivos y de inteligencia de las FFAA acerca de la confluencia entre peronismo y marxismo. Su programa ofrecía motivos para dicha aprehensión. Instaba a una redefinición revolucionaria del Movimiento, lo que comportaba una tenaz crítica a “*la burguesía y burocracia del Movimiento*”. Repudiaba las esperanzas de inserción del Peronismo en el juego de la “*legalidad*” existente. La represión y el fraude habían cerrado todas las puertas al Movimiento, por lo que la lucha armada y la construcción de un *ejército del pueblo* se perfilaban como *método supremo* de acción política¹⁰. Respecto a esta crucial decisión, el MRP solo alcanzó a delinear un dispositivo armado clandestino en Capital Federal y el Gran Bs. As., al que llamaron Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). El destacamento debía iniciar operativos de hostigamiento al régimen para converger con la agitación gremial y precipitar el regreso de Perón¹¹. Aunque no desarrolló operaciones significativas, sus aprestos y documentos, y ciertos *hechos armados relacionados* sensibilizaron los cuidados de las fuerzas represivas del estado¹². Las precauciones se reforzaron al comprobarse la irrupción de conatos de tipo insurgente también en vertientes ideológicas antitéticas de la izquierda, como la proveniente del grupo Tacuara, reconvertido en una identidad que fusionaba el peronismo resistente, la lucha armada y adhesión a la revolución cubana¹³.

⁹ Rearte había sido uno de los fundadores de las primeras juventudes peronistas. Al mismo tiempo que activista de la JRP, fue militante sindical y dirigente del gremio de los trabajadores de la industria del perfume. Fue promotor del plenario de organizaciones sindicales combativas donde surgió el MRP, el 5 de agosto de 1964. Juan Alberto Bozza, “El Peronismo Revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”. En *Sociohistórica*, n° 9/10. Primer y segundo semestre de 2001; CISH, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, Ediciones Al Margen, La Plata, 2002, pp. 144 a 147.

¹⁰ Rearte Gustavo, *Movimiento Revolucionario Peronista. Programa del 5 de agosto de 1964*.

¹¹ La responsabilidad de las FAP recayó en el militante de la JP Jorge Rulli. Las desavenencias sobre la cuestión de las armas y del financiamiento, a cargo de un personaje intrigante como Héctor Villalón, fueron motivo de prolongados enconos personales que llevaron al alejamiento de algunos militantes. Cf. *Testimonio de Jorge Rulli*. En: Anzorena Oscar, *Historia de la Juventud Peronista*, Bs. As., ediciones del Cordón, p.83 y ss.

¹² Las fuerzas del orden tenían más que intuiciones sobre los preparativos para la guerrilla. La explosión y derrumbe de un edificio en la calle Posadas 1168, el 21 de julio de 1964, estuvo relacionada con aprestos para la lucha armada de un sector de militantes obreros peronistas, liderados por el ex trotskista Ángel Bengoechea.

¹³ Una de las escisiones de Tacuara conformó el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT) proclive a acciones armadas urbanas. Concretó una operación guerrillera robando el Policlínico Bancario el 29 de agosto de 1963. Sus líderes J. L. Nell, J. Caffatti y Joe Baxter derivarían hacia organizaciones guerrilleras en años posteriores.

A principios de 1964, además de las pesquisas de los organismos de las FFAA, también los servicios de inteligencia de la Gendarmería estaban atentos a la “*infiltración comunista*” en los sindicatos, la Juventud Peronista y Acción Revolucionaria Peronista. Para su comandante, el general Alsogaray, la represión al comunismo –una cuestión que, según infería, el gobierno descuidaba-, se constituía en tarea principal de la institución a su cargo¹⁴. Esa fuerza desactivó, en abril y mayo de 1964, los campamentos del Ejército Guerrillero del Pueblo de Jorge Masetti, en Salta y Tucumán. Todos los caminos del anticomunismo desembocaban en la obsesión por los retoños que la Revolución Cubana insemínaba en el país.

2. El rayo que no cesa: el desafío de Cuba.

El descubrimiento de actividades guerrilleras, si bien de baja intensidad, acentuó las presiones de las FFAA para ejercer la represión de dicho fenómeno. Aunque el presidente Illia prefería la utilización de gendarmes y policías, ciertos miembros del gabinete, entre ellos los *radicales unionistas*, participaban de la idea de que el Ejército cumpliera esa función. El Ministro de Defensa, Leopoldo Suárez, estaba persuadido del crecimiento de las actividades comunistas en nuestro país y de que el gobierno cubano promovía una “*agresión*” de carácter continental, entrenando a decenas de militantes de varios países¹⁵. Según Suárez, las Universidades eran el principal escenario de penetración del “*castrismo*”. Denunciaba, también, las simpatías y el influjo cubano en grupos escindidos de la extrema derecha, como el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, y en sectores de la llamada *línea dura del peronismo*¹⁶.

La percepción de la amenaza interna se conectaba con candentes episodios de la conflictividad latinoamericana, cuya responsabilidad era imputada al gobierno de Cuba. La política internacional de Illia estuvo condicionada por un escenario atizado por la cruzada anticomunista de EEUU en el continente. Si bien el presidente no comulgaba con las duras tesis intervencionistas del Departamento de Estado, algunos de sus ministros y las corrientes partidarias más sensibles a las presiones de las FFAA, a las de

¹⁴ “Allí donde el enemigo aparece como saboteador, terrorista y guerrillero, donde la policía resulta insuficiente o inadecuada y el ejército no puede intervenir, estarán siempre los gendarmes dispuestos a dar todo de sí (...) para eliminar drásticamente este peligro que ha empezado a corroer las entrañas de nuestras instituciones, las mentes de nuestros estudiantes y profesionales, el corazón de nuestros obreros; que sutil y arteramente se infiltra aún en algunas esferas oficiales”. “Discurso del general Julio Alsogaray en el Día de la Gendarmería”, *Clarín*, 26 de julio de 1965.

¹⁵ Esas ideas fueron expuestas en una interpelación de la Cámara de Diputados, en agosto de 1964. Potash Robert A., *El Ejército y la política en la Argentina, 1962/1973*, Bs. As., Sudamericana, 1994, p. 190.

¹⁶ Para Suárez, el viraje izquierdista era el fruto del “resentimiento social” o del “snobismo”. *La Nación*, 12 de mayo de 1964.

la prensa tradicional y del establishment económico, elevaron el voltaje de los discursos anticomunistas y los pedidos de repudio y aislamiento del régimen cubano. Estos pronunciamientos afloraron con motivo del pedido de sanciones a Cuba por parte de los gobiernos venezolanos de Betancourt y de Leoni¹⁷. La cuestión fue tratada por la Novena Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, a partir del 21 de julio de 1964. Allí, EEUU instó a los países latinoamericanos a efectivizar duras sanciones políticas y comerciales. La actitud remisa de Illia sobre el tema contrastaba con la vocación anticomunista del Ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Zavala Ortiz, quien veía al *castrismo* como una amenaza que inficionaba las turbulencias políticas que atravesaba el gobierno radical, alentando las actividades guerrilleras descubiertas en el norte del país. El ministro condenaba como “agresión castrista” a las actividades guerrilleras en Venezuela, calificándolas como “*intervención contra la integridad territorial, la soberanía política y la estabilidad de las instituciones democráticas de Venezuela*”; aunque no consentía una acción compulsiva drástica contra la isla, como la que reclamaban Venezuela y EEUU. Sin embargo y marcando algunas diferencias, la Argentina terminó *votando la mayoría de los artículos* que sancionaban a Cuba¹⁸.

3. La cuestión dominicana, el *gran cebo* anticomunista.

Los pronunciamientos anticomunistas arreciaron durante la crisis internacional provocada por la invasión norteamericana a República Dominicana, en abril de 1965. Fuertes alegatos anticomunistas cohesionaron a las FFAA, ansiosas con la decisión de participar en una fuerza hemisférica de intervención, secundando los designios de los EEUU¹⁹. El compromiso de combatir a la “guerra revolucionaria” y la doctrina de las “fronteras ideológicas”, eran asumidas por el general Onganía, el hombre fuerte del ejército. Un año antes de la intervención a Santo Domingo, en la Quinta Conferencia de

¹⁷ Los presidentes venezolanos acusaban a la fuerza insurgente FALN, de estar apoyada por el régimen cubano. El grupo, fundado en 1962, había abierto cinco frentes de combate en distintas provincias. James Cockcroft y Eduardo Vicente, “Venezuela y las FALN”; en: *Monthly Review* n° 27, diciembre de 1965, p. 17.

¹⁸ Declaraba como agresión a los actos cometidos por Cuba contra Venezuela, condenaba y advertía al gobierno cubano; instaba a los estados no americanos a suspender el comercio con la Isla. La votación final de la Novena Reunión de Consulta de la OEA estableció por 15 votos a favor y 4 en contra (Bolivia, Chile, México y Uruguay) la suspensión de relaciones y de todo contacto comercial y marítimo con Cuba. Texto de la resolución final en *La Prensa*, 26 de julio de 1964, pp. 1 y 14 y *Clarín*, 26 de julio de 1964, p. 3. Ver también Roberto Etchepareborda, “Crónica de tiempos difíciles”, en Ricardo del Barco *et al*, *1943-1982 Historia política argentina*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983, p. 72;

¹⁹ Además de su sincera vocación anticomunista, los líderes castrenses consideraban a la participación de tropas argentinas junto a Estados Unidos como una demostración de confianza que les permitiría seguir recibiendo el suministro de material bélico por parte de la potencia del norte.

Ejércitos Americanos de West Point, defendió el rol tutelar de las FFAA sobre la nación y su derecho a intervención ante la irrupción de la amenaza sediciosa²⁰. No faltaron ocasiones en que este empeño incomodaba al gobierno. En setiembre de 1965, propuso que Argentina y Brasil “*debían unirse para enfrentar con eficacia al enemigo comunista, fluido y sinuoso*”; este debía ser atacado en cualquier lugar en el que surgiera, sin las contemplaciones derivadas de la teoría de la “convivencia pacífica”²¹.

Las convicciones anticomunistas de las FFAA perturbaron sus relaciones con el gobierno del doctor Illia. Presiones y desacuerdos repercutieron entre algunos funcionarios gubernamentales, los más deferentes con el anticomunismo castrense. Cediendo a la presión de los EEUU, el canciller Zavala Ortiz y funcionarios afines a su línea interna votaron en la OEA a favor de la intervención de una fuerza conjunta interamericana en la República Dominicana. La decisión abrió un tórrido debate en las fuerzas políticas y sociales en torno al apoyo o al repudio a la intervención, considerada, en este segundo caso, como una grave intromisión en la vida interna de un país soberano. Aunque Zavala Ortiz y Leopoldo Suárez secundaban la idea del general Onganía del envío de tropas argentinas a la isla, Illia impidió que tal misión se produjera. El veto presidencial provocó un irreversible proceso de resentimiento en las Fuerzas Armadas.

El episodio de la intervención en Santo Domingo enardeció a las manifestaciones anticomunistas latentes en asociaciones e instituciones de la sociedad civil. Además de militares retirados y en actividad, el anticomunismo movilizó a encumbradas figuras de la jerarquía católica; a políticos y legisladores liberales, conservadores y peronistas; a aguerridas publicaciones nacionalistas; a intelectuales abonados a las tribunas de La Prensa, La Nación y de semanarios políticos²². En dicha coyuntura proliferaron, con significativa sincronía, asociaciones que hicieron del anticomunismo una práctica profesional; estaban vinculadas al vasto consorcio de instituciones católicas y a figuras emparentadas con los servicios de informaciones de las fuerzas del orden. Aunque

²⁰ El texto del discurso es reproducido en Rouquié Alain, op. cit., p. 231

²¹ Declaraciones del general Onganía a su regreso de un viaje a Europa, recogidas en *La Prensa*, 1 de setiembre de 1965. Las declaraciones provocaron la protesta del gobierno del Uruguay, por ser una amenaza de intervención a su política interna y a su derecho de autodeterminación.

²² Entre los militares más fogosos se destacaban Osorio Arana, Rojas, Túrolo, Orsonlini, Juan F Guevara, Rauch; entre los altos prelados se contaban el rector de la UCA Octavio Derisi, los monseñores Antonio Caggiano, Luis Servando Tortolo, Antonio Plaza, etc; políticos como Emilio Joffe y Armando Caro; la revista *Azul y Blanco*, de Marcelo Sánchez Sorondo; escritores e intelectuales como Alicia Jurado, Jorge García Venturini, Mariano Grondona, Mariano Montemayor, etc.

algunos de estos grupos perduraron, otros tenían existencia esporádica, carecían de personería y sus integrantes se mantenían en el anonimato. Era frecuente que reaccionaran a través de declaraciones, panfletos y solicitudes en los diarios, instando a las autoridades a alguna forma de persecución, censura o delación sobre presuntos “personeros del comunismo”. La prensa tradicional fue generosa para recibir sus clamores gráficos. Entre estos grupos, tuvieron intervenciones públicas la Legión Anticomunista Republicana, la Asociación de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (el cuasi clan familiar Beccar Varela), la Federación Argentina de Entidades Democráticas Anticomunistas (FAEDA); el Movimiento Democrático Argentino de Afirmación Moral; la Asociación Universitaria de Estudiantes de Filosofía y Letras; el grupo Cruzada; la Liga de Madres de Familia; la Liga de Padres de Familia; la Liga Pro Comportamiento Humano; la Liga de Decencia de Rosario; la Corporación de Abogados Católicos; etc. Sus ardientes clarinadas recrudecían en coyunturas conflictivas, reclamando al gobierno medidas drásticas y reprochando cuando no obraban en tal sentido. Un caso ilustrativo fue la agresiva campaña mediática de FAEDA, en octubre de 1965, denunciando la “*sinistra confabulación (para) destruir nuestro sistema de vida y nuestra civilización*” y la infiltración del comunismo en la educación, la cultura, la economía, el movimiento sindical, etc.²³.

La agitación del lobby anticomunista alentaba el envío de tropas argentinas a República Dominicana y respaldaba, entusiasta, la invasión norteamericana; su campaña mediática instaba a una polémica nacional en la que, como se dijo, se fracturaron las opiniones del propio partido de gobierno. Los reclamos de intervención en el Caribe se fundaban en la contención de lo que denunciaban como “*avance castro-soviético en el continente*”. Junto a FAEDA, se pronunciaron el Frente Latinoamericano Anticomunista, el Comité Nacional de Acción Liberal Argentina, la Acción Revolucionaria Anticomunista (ARA) y personalidades representativas de las derechas liberal, conservadora y católica. Imbuidos de una repentina fiebre belicista, algunos individuos se postularon como voluntarios para integrar las tropas argentinas²⁴. En la filas de la UCRP, no faltaron

²³ Varias solicitudes de FAEDA se reprodujeron en los periódicos entre el 17 y el 21 de octubre de 1965. Ver también, Andrés Avellaneda, “El discurso de la represión...” Ob. cit., p. 41 y 42.

²⁴ Este lobby de profesionales del anticomunismo estaba integrado, entre otros, por Marcelo A. Arnada, Cosme Béccar Varela, Damián Béccar Varela, Julio G. Aranguren, César Bunge, Eduardo M. García Bosch, Uriel O’ Farrell, Juan O’ Farrell, Juan Carlos Della Paolera, Raúl Zavalía Lagos, Alberto Zavalía Lagos, Patricio Zavalía Lagos y Ernesto Pueyrredón. Entre los voluntarios para combatir al comunismo en República Dominicana, se hallaban Alejandro Aris, Marcelo Solá, Guillermo M. Arias, Alfredo O. González Filgueiro, Oscar Spinosa Melo, Antonio Toric, Roberto Angel Azaretto y Fernando Zavalía

afiliados que alentaron una fuerza de intervención interamericana en la región y atacaron a las movilizaciones antiimperialistas en las que participaron grupos de izquierda, sectores sindicales y el movimiento estudiantil²⁵.

Influyentes intelectuales anticomunistas repudiaron las reticencias y el pacifismo del presidente Illia. Algunas de sus plumas estelares, desde publicaciones inclinadas *vertiginosamente* hacia el golpismo, enarbolaron las pretensiones anticomunistas frente al conflicto dominicano. Mariano Grondona atacó a la posición de “*No Intervención*”, la que imputaba a la debilidad y senilidad del presidente. Según su opinión, esa actitud no protegía a los países americanos del “*peligro comunista*”; por lo que la confrontación contra dicho enemigo (y la intervención en República Dominicana), debía hacerse a través de mecanismos multilaterales: una fuerza interamericana liderada por EEUU con el concurso del gobierno y de tropas argentinas. Los diarios tradicionales reclamaban sin recato esta posición²⁶.

La cuestión dominicana originó una intensa confrontación política e ideológica, en la que se insinuó un frente de voluntades antiimperialistas que incluía al cauce completo de la izquierda local, la FUA, sectores sindicales peronistas de la línea dura, como Andrés Framini, y partidos y personalidades de centro izquierda. La irrupción pública y militante de este sector persuadía a los voceros del anticomunismo de que la *infiltración marxista* se expandía ganando nuevos reclutas y compañeros de ruta, asimilando las movilizaciones antiimperialistas a “*la subversión callejera*”²⁷. En el acto en la Plaza

Paunero. Véanse los editoriales “Repercusión local de los acontecimientos en el Caribe”, *La Nación*, 3 de mayo de 1965, p. 1; “Una adhesión a los Estados Unidos”, *La Nación*, 6 de mayo de 1965, p. 18; “Diversas entidades se hacen eco de los sucesos del Caribe”, *La Nación*, 8 de mayo de 1965, p. 16; “Ofrecimiento de voluntarios para ir a Santo Domingo”, *La Nación*, 12 de mayo de 1965, p. 4.

²⁵ Un grupo de mujeres radicales promovió una declaración, con más de 500 firmas, donde se criticaba a las manifestaciones de estudiantes y obreros contra el imperialismo norteamericano. Pedro Sánchez, *El gobierno de Illia*, Bs. As., CEAL, 1984, p. 94. “De mujeres de la UCRP”, *La Nación*, 12 de mayo de 1965, p. 4.

²⁶ Mariano Grondona, “¿Alianza o imperio?”, *Primera Plana*, 5 de octubre de 1965, p. 7. Un editorial de La Prensa alertaba sobre “*el aumento creciente de la invasión comunista (...) empresa conquistadora dirigida contra los regímenes democráticos del continente y, en primer término, contra la seguridad militar de los Estados Unidos*”. “Editorial”, *La Prensa*, 7 de septiembre de 1965.

²⁷ Las posiciones contrarias a la intervención fueron defendidas, entre otros, por las declaraciones de los Consejos Superiores de la Universidad de Buenos Aires y del Consejo Superior de la Universidad del Litoral y las de La Fraternidad; actos de repudio a la intervención por parte de la Universidad de La Plata y la Facultad de Ciencias Exactas en Buenos Aires; la condena de Acción Popular Argentinista, del Partido Demócrata Progresista y de la Federación Universitaria de Graduados de Buenos Aires. Ver *La Nación*, 6 de mayo de 1965, pp. 1 y 18; “Resolución de la Universidad del Litoral”, *La Nación*, 6 de mayo de 1965, p. 18; *La Nación*, 7 de mayo de 1965, pp. 1 y 16; “La subversión callejera”, *La Nación*, 9 de mayo de 1965, p. 6; y “Desórdenes callejeros hubo en Rosario por la crisis del Caribe”, *La Nación*, 11 de mayo de 1965, p. 4; “Acto obrero-estudiantil”, *La Nación*, 12 de mayo de 1965, p. 4.

Congreso contra la intervención en la isla, el 12 de mayo, se produjeron graves disturbios y la muerte del estudiante comunista Daniel Grimbank y del peronista Luis Gatica, por parte de grupos de choque de Tacuara. El asesinato de Grimbank no solo demostraba las proyecciones virulentas del anticomunismo, sino que evidenciaba ciertas imbricaciones de aquellas conductas con las actividades y pronunciamientos antisemitas desplegados durante la década.

4. Frutos de la prédica maccarthista.

4.1. El comunismo era más peligroso que las bandas antisemitas.

Las prácticas antisemitas desarrolladas en la década eran parte del repertorio de acciones de la derecha nacionalista, especialmente de Tacuara y Guardia Restauradora Nacionalista (GRN), organizaciones de choque visceralmente anticomunistas. Estas milicias estaban ligadas a figuras del catolicismo integrista, como los clérigos Julio Meinvielle, Juan Sepich, Alberto Ezcurra Uriburu y el padre Castellani. Contaban con las simpatías de algunos militares retirados (los brigadieres Cayo Alsina, Oliva, Zinny, etc.); algunos “partidos políticos” (la Unión Cívica Nacionalista), y ciertas publicaciones le oficiaban de fachadas o los apoyaban (la revista Azul y Blanco de Sánchez Sorondo, por caso). Además, sus integrantes tenían conexiones y simpatías entre ciertos miembros de las fuerzas de seguridad e inteligencia (especialmente en Coordinación Federal y en la Dirección de Investigaciones de Políticas Antidemocráticas (DIPA).

Desde comienzos de la década, los principales atentados contra miembros de la comunidad judía (secuestros, golpizas, bombas a instituciones, profanaciones, etc.), provenían de los grupos mencionados. Algunos graves sucesos eran represalias por la captura clandestina por comandos israelíes del criminal de guerra A. Eichmann, como el secuestro y tortura de la estudiante Graciela Sirota²⁸.

Las brigadas nacionalistas redoblaban la agresión y crueldad cuando las víctimas (ya fueran individuos o asociaciones), acreditaban sus vinculaciones con la izquierda y “el comunismo”. Durante la presidencia de Guido continuaron los desmanes de esta naturaleza. Con arrebatos autónomos, ciertas fuerzas represivas estaban consubstanciadas con la creencia de que las instituciones judías se conectaban con las

²⁸ El secuestro ocurrió el 21 de junio de 1962.

“*actividades sediciosas del comunismo*”. A fines de 1962, varios operativos de Coordinación Federal clausuraron numerosas instituciones judías ligadas a la izquierda, entre ellas, el teatro IFT. El episodio mostraba las sugestivas coincidencias entre las denuncias y difamaciones de Tacuara y GRN con los móviles de los jefes policiales responsables de las clausuras.

Los conatos anticomunistas de Tacuara también apuntaron a los activistas sindicales de izquierda. En febrero de 1964, un comando armado atacó a estos militantes en un plenario de la CGT que se realizaba en el gremio de los cerveceros de Rosario²⁹. En el ataque, dos de los agresores *tacuaristas* murieron por el fuego de las autodefensas de los sindicalistas agredidos. Días después, en brutal represalia, un comando de Tacuara asesinó en la Capital Federal al estudiante comunista Raúl Alterman que no tenía ninguna relación con los sucesos ocurridos en Rosario³⁰.

La prédica que asociaba como peligrosas actividades antiargentinas a las desarrolladas por el comunismo y por instituciones judías progresistas ganó terreno entre ciertos políticos y legisladores del peronismo, enzarzados en una fuerte disputa contra el gobierno de Illia. El legislador salteño Cornejo Linares impulsó proyectos parlamentarios con esta orientación, en los que sostenía que las instituciones judías eran instrumentos de la guerrilla “*castro-comunista*” y del trotskismo. Con similar vehemencia, militares retirados aseguraban la participación de los judíos en el movimiento guerrillero liderado por Jorge Masetti³¹.

Las prácticas anticomunistas tuvieron suficiente poder para obstruir y trastocar investigaciones parlamentarias sobre una oleada de ataques antisemitas de Tacuara, entre cuyas víctimas se contaron los estudiantes Grimbark y Gatica. Sus impulsores lograron cambiar la agenda originaria de la investigación e *instalar la cuestión de la*

²⁹ En Rosario murieron dos militantes de Tacuara, Bertoglio y Militello, y un joven peronista afín a estos grupos llamado Giardina. El cruento episodio permitía observar el acercamiento de grupos como Tacuara con algunos jerarcas sindicales del peronismo, que acogieron a sus integrantes como séquito de sus aparatos de seguridad. El cerril anticomunismo de estos grupos resultaba funcional para amedrentar e impedir la acción de las agrupaciones izquierdistas que disputaban la conducción de los gremios. Desde la UOM, Vandor y José I Rucci propendieron a este tipo de reclutamientos, pero no fueron los únicos. A fines de los sesenta la UOCRA de Rosario utilizaba como custodios a miembros de GRN.

³⁰ Probablemente, el nombre de Alterman fue obtenido por miembros de Tacuara de las listas o fichas de los órganos de seguridad e inteligencia del estado, con algunos de cuyos agentes estaban conectados. Los perpetradores del crimen fueron Fernando Vicario y Benítez Araujo. El ataque ocurrió en la puerta del domicilio de la víctima, el 25 de febrero de 1964.

³¹ El análisis detallado de estos comportamientos y los delirios conspirativos de Cornejo Linares y del brigadier Oliva pueden verse en: Leonardo Senkman (comp.), *El antisemitismo en la Argentina*, Bs. As., CEAL, 1989, p. 55 a 66.

amenaza comunista en la interpelación al Poder Ejecutivo, cuyo objeto era investigar los delitos de las bandas antisemitas. La sesión legislativa del 20 de agosto de 1965, patrocinada por el diputado demoprogresista León Patlis, fue desnaturalizada y desviada por legisladores conservadores y peronistas, preocupados por denunciar el “extremismo comunista” en la política doméstica. El conservador mendocino Emilio Jofre y el peronista José Armando Caro instaron al gobierno a denunciar y desarticular las actividades comunistas -tildadas con el estigma de “infiltración”-, en la Universidad. La sesión parlamentaria terminó homologando la peligrosidad de las milicias de Tacuara y GRN, responsables de crímenes y atentados concretos, con el proselitismo ideológico y la organización estudiantil de la Federación Juvenil Comunista (FJC)³².

4.2. La interpelación a los Ministros del Interior y de Educación.

Aunque al comienzo de sus explicaciones, los ministros radicales Palmero y Alconada Aramburu relativizaron el peligro de la acción comunista, la presión de la retórica derechista de algunos interpelantes y la insistencia de los grandes diarios sobre el tema los llevó justificar medidas represivas y de vigilancia sobre actividades de organizaciones juveniles comunistas³³: Sin aportar pruebas concretas, las denuncias del ministro Palmero agravaban la peligrosidad de la estrategia de la Federación Juvenil Comunista, (“*la raíz del problema*”, según el ministro); imputándole desarrollar una política en común con la organización guerrillera urbana MNR Tacuara. También consideraba como “*actos delictivos*” al proselitismo de la FJC en los sindicatos, en los círculos intelectuales, universitarios y artísticos³⁴.

La tónica del debate la impuso el diputado conservador Jofre, para quien la infiltración comunista crecía “*día a día*” y actuaba en connivencia con el grupo Tacuara, afirmación temeraria y genérica que ni siquiera consideraba las corrientes en que se había bifurcado ese grupo nacionalista. Jofre veía en la actividad editorial, la bibliografía y a diversas formas escritas de la propaganda de los grupos de izquierda un fenómeno de “*gravedad excepcional e inusitada*”, comprobable por la profusión de

³² Un legislador derechista acusó como responsables de la muerte de Grimbank y de Gatica a los propios comunistas. Senkman, op. cit., p 63.

³³ El Ministro del Interior Palmero intentó convencer a los inquisitivos diputados derechistas sobre las tareas de seguimiento e identificación realizados sobre los comunistas. Alegó que el centro principal de las actividades comunistas giraba en torno a la FJC y que las autoridades habían procedido a identificar 250 individuos y a detener a 45. El 19 de agosto se realizaron varios procedimientos de la Dirección de Coordinación Federal a locales del PC y de FJC, deteniendo a varias personas y denunciando el hallazgo de armas. La Nación, 21/8/1965.

³⁴ Declaraciones recogidas en *La Nación*., 21/8/1965, p. 4.

folletos, panfletos, diarios y revistas en que se expresaban³⁵. El rudimentario maccarthismo apuntaba, sin contemplaciones ni matices, al PC, en quien señalaba una activa usina de la revolución³⁶. Los dardos más punzantes de esta denuncia se dirigían a la Universidad de Buenos Aires y al movimiento estudiantil. El legislador denunciaba a las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras por no prohibir el proselitismo marxista y, peor aún, por tolerar que los estudiantes realizaran “*homenajes a guerrilleros*”³⁷. También recusaba al gobierno nacional por tener una “*política débil y contemplativa*” frente a la actividad del marxismo leninismo.

Otro furibundo fiscal anticomunista ensañado con las Universidades fue el diputado peronista cordobés Cotonaro. Según su opinión, la Revolución Libertadora era responsable de que “*nuestras universidades estén en manos del comunismo apátrida*”, al permitir el ingreso a las casas de estudio de agrupaciones comunistas. Identificaba la consumación de tal infiltración en la Universidad Nacional de Córdoba y señalaba como partícipes del fenómeno al interventor Agustín Caeiro y al decano Jorge Orgaz.

Crímenes políticos y organización guerrillera eran sus infaustas secuelas³⁸.

Los múltiples ataques a la Universidad fueron discutidos por una urgente sesión del Consejo Superior de la UBA, presidido por el rector Fernández Long. Las reacciones más vigorosas provinieron de José Luis Romero, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, quien comparó la peligrosidad de la campaña contra la Universidad Pública con un clima de persecución y sospecha similar al del “*caso Dreyfus*”³⁹. Las iniciativas anticomunistas se ensañaron contra la Universidad aprovechando confusos episodios de violencia política.

³⁵ El legislador de la Federación Nacional de Partidos de Centro cuantificaba, con confiada precisión, el volumen de la literatura marxista ingresada al país. Según la balanza ideológica del mendocino: “Desde el exterior se introducen 6 o 7 toneladas de propaganda proselitista”. *La Nación*, 21/8/1965.

³⁶ Jofre señalaba que el partido estaba, desde 1962, en un proceso de reorganización; contaba con 116 locales, desde donde irradiaba “*sus doctrinas disolventes*”. Su peligrosidad crecía porque en sus colectas recaudaba más de cien millones de pesos, amén de los dineros que recibía del exterior.

³⁷ Los homenajes aludidos fueron una iniciativa del centro de estudiantes de la facultad. Las convicciones católicas del diputado apuntaron también contra las cátedras de Psicología, donde se impartían “*conceptos inmorales de acuerdo con las tácticas comunistas (...)*”. Según Jofre, el comunismo también digitaba las protestas gremiales de la época, colocando “*al país en riesgo de caer en una dictadura sindical inficionada de marismo leninismo*”. *La Nación*, 21/8 y 25/8/1965.

³⁸ Cotonaro recordaba que las purgas de 4200 peronistas cesanteados en 1955 fueron cubiertas por docentes izquierdistas. Denunciaba que el asesinato del estudiante derechista Hernán Spangenberg se había producido porque el occiso había denunciado la actividad comunista desplegada en el Departamento de Antropología de la FFyL, de la que era alumno. Mencionaba, además, que algunos guerrilleros detenidos en Salta eran alumnos del mismo Departamento. *La Nación*, 21/8/1965, p. 4.

³⁹ Para Romero, el método de la calumnia, apoyado en afirmaciones infundadas, se convertía en un “*slogan que comprometía a la Universidad de Buenos Aires*”. *La Nación*, 22/8/1965.

4.3. El caso Spangenberg.

La agenda del anticomunismo halló un motivo adicional para ampliar la credibilidad de sus denuncias. Fue el asesinato, en confusas circunstancias, del estudiante de antropología Hernán Spangenberg, ocurrido en agosto de 1965. La víctima, un militante católico y anticomunista, venía denunciando la *infiltración marxista* en la FFyL, difundiendo como prueba una lista con nombres de alumnos que acreditaban aquella filiación ideológica. Con el correr de los días, una corriente de opinión fogoneada por los grandes diarios y por algunos jefes policiales imputó el crimen a agrupaciones marxistas de la facultad, sin mayores precisiones. Los únicos testimonios que se invocaron para justificar la especie fueron un conjunto de atronadoras denuncias promovidas por minúsculas agrupaciones derechistas, que profesaban una militancia marginal en la universidad, y por asociaciones civiles y militares de ultraderecha. Eran proclamas que fustigaban a las agrupaciones izquierdistas “*totalitarias*”, al “*control*” que ejercían sobre toda la universidad, a la insinceridad de la consigna de la “coexistencia pacífica” y a la presunta complicidad con esos designios de *todas las corrientes reformistas* y, aún, de las humanistas⁴⁰.

Las convicciones policiales sobre los autores del crimen se encaminaron hacia las corrientes de izquierda de la FFyL. Una de las hipótesis puestas en circulación, surgida de la novia del occiso, las incriminaba genéricamente. Según estos dichos, el asesinato se produjo porque Spangenberg había acusado a activistas de izquierda del robo de piezas arqueológicas del Museo Etnográfico, con cuya venta pretendían, según la denuncia, financiar “*actividades extremistas y preparativos guerrilleros*”⁴¹.

⁴⁰ Un grupo de estudiantes derechistas hizo esta incriminación en la interpelación a los ministros del Interior y de Justicia y Educación, el 20 de agosto. Apuntaron a la infiltración comunista en las universidades de Buenos Aires y del Litoral. Similar denuncia hicieron un ignoto “*Centro de Egresados de la Facultad de Derecho*” y el Movimiento de Unidad de Centro, una vertiente derechista de la Facultad de Ingeniería. Declaraba que “*el comunismo internacional ha dado nueva prueba de su inequívoca vocación totalitaria y la repugnancia de sus actos alcanza, hoy, dramática realidad a través del alevoso asesinato de Hernán Spangenberg (...) la maliciosa búsqueda de la coexistencia pacífica que el marxismo universitario pregonaba, ha dado una prueba más de sus falacias (...)*”. Profetizaba una universidad esclavizada por el marxismo: “*(...) no se podrá evitar –declaraba-, que el ya infiltrado totalitarismo rojo, termine por clavar definitivamente sus garras sojuzgadoras en la Universidad Nacional*”. Además, acusaba a la totalidad de agrupaciones reformistas de haber “*caído bajo los manejos del marxismo*” y de complicidad e “*idiotas útiles*” a las referenciadas con el humanismo. “*Diputados interpela a Ministros*”, *La Nación*, 20 de agosto de 1965, p. 1.

⁴¹ La declaración de la novia de Spangenberg fue recogida por *La Nación*, 27/8/1965. La ultraderecha agitó esta interpretación. Para el general retirado Cordes, presidente del Instituto de Asuntos Internacionales, el atributo de católico y anticomunista de Spangenberg, lo convenció de que el crimen era obra de la izquierda universitaria; y demostraba que el comunismo había pasado a la etapa del terrorismo para la conquista del poder. Declaraciones recogidas por *La Nación*, 29/8/1965.

ATMOSFERA SATURADA.

Sospechas, certezas y aprehensiones.

Las orientaciones hegemónicas de la política internacional norteamericana ampliaron las resonancias y la confianza de las proclamas del anticomunismo vernáculo. La invasión a Santo Domingo en abril de 1965; la ofensiva anticomunista en Vietnam en julio (la “gran escalada” en el envío de tropas a esa región); y la aprobación de la Cámara de Representantes, el 30 de septiembre, de una resolución que justificaba las intervenciones armadas en América Latina saturaron la atmósfera de las peticiones anticomunistas en la “opinión pública”⁴².

A mediados de la década, diversas instituciones y actores políticos y sociales habían fijado el perímetro de certezas y sospechas del anticomunismo local. Sus emisores se jactaban de haber retratado los presuntos atributos de la amenaza: *su carácter inminente, la variedad de agentes y prácticas a través de los que se desplegaba, la inoperancia o la complicidad del gobierno y la creencia de que se estaba frente a un dispositivo de infiltración envolvente.*

Las universidades, como ámbito general, y la radicalización del movimiento estudiantil, como fenómeno específico, aparecían como los terrenos más “contaminados” por la presencia e irradiación del marxismo. Tanto las manifestaciones de una cultura crítica, insumisa y “comprometida”, como las intervenciones políticas de las agrupaciones estudiantiles despertaban las principales preocupaciones. Sobre estas últimas, el anticomunismo observaba e intuía un derrotero radical con inminentes (o en curso) ramificaciones insurreccionales y guerrilleras. En las agencias de información e inteligencia de las fuerzas de seguridad y en ámbitos conexos, como el de los grupos de ultraderecha, ya había prospecciones y aproximaciones (también dislates) sobre los partícipes y dispositivos del proceso de radicalización.

Grupos de ultraderecha familiarizados con los reportes de la inteligencia militar y policial aportaron datos tan significativos e intuitivos como, también, penetrados por exageraciones y afirmaciones delirantes. La Liga Argentina Nacional Sindicalista

⁴² Los representantes norteamericanos aprobaron la resolución por 312 votos contra 52. La Prensa, 1 de octubre de 1965. El *establishment* económico argentino y las empresas periodísticas vinculadas se alinearon con la orientación de la política norteamericana para América Latina. “La grave amenaza que repta por todas las naciones americanas refleja su magnitud en el informe examinado por parlamentarios norteamericanos (...) La primera forma afirmativa de lucha americana contra el comunismo internacional consiste en amurallar la conciencia nacional”. “Editorial”, *La Nación*, 27/8/1965.

(LANS)⁴³ alertaba contra la orientación *pro guerrillera* asumida por el comunismo vernáculo, al que comprometían en ese tipo de actividades en Salta y Bolivia. Dicho fenómeno tenía como protagonistas a universitarios y profesionales, disponía de organizaciones colaterales o de fachada, de grupos financieros y de varios campamentos de entrenamientos. Informados por las revelaciones del desmantelamiento del grupo guerrillero de Jorge Masseti, el año anterior, los denunciantes señalaban a los ambientes universitarios y profesionales de Córdoba como un grupo comprometido con la acción guerrillera. Según las denuncias, en varias facultades de la Universidad de Buenos Aires existían grupos de apoyo logístico y financiero a la guerrilla urbana⁴⁴.

A tono con estas sensaciones, el peligro comunista no solo provenía de la radicalización de las corrientes estudiantiles. También era una acechanza que progresaba en el campo gremial, en ciertas tesituras que asumían sectores del movimiento peronista y en la moderación y tolerancia demostrada por el gobierno. En cenáculos conservadores se sostenía que el marxismo estaba aprovechando “*la fuerza numérica del peronismo*”. Computaban como otro ingrediente intranquilizador a las declaraciones apologéticas sobre Mao, proferidas por Perón. Con cierta exageración, consideraban al documento “*Hacia un cambio de estructuras*”, elaborado por la CGT de José Alonso, como “*un programa de acción comunizante*”⁴⁵. En la misma línea se pronunciaban los personeros políticos estables de la derecha liberal conservadora. Sus monsergas vinculaban el inminente cerco comunista con la inoperancia o complicidad del gobierno radical. Para Álvaro Alsogaray, en el gobierno de Illia existía “*apoyo ministerial*” hacia sectores

⁴³ El grupo era conducido por el falangista Roberto Etchenique, un futuro panegirista de la dictadura del general Onganía. Despejando algunas exageraciones, los datos que manejaba parecían extractos obtenidos de los agentes de inteligencia del Estado y de las Fuerzas Armadas, como la precisa mención de la presencia del Che en Bolivia. Decía: “*Tenemos noticias de que el ministro cubano Ernesto Guevara, que preparó guerrillas de Perú y Ecuador, estuvo en Bolivia organizando esta acción*”. Declaraciones recogidas por *La Nación*, 26/8/1965.

⁴⁴ Extrovertido ante los periodistas, Etchenique señalaba la presencia de campamentos de entrenamiento militar en el Delta, en Gowland (cerca de Mercedes), en Chapadmalal y en Miramar. Los guerrilleros tenían como grupos de apoyo a instituciones culturales, como la Unión Estética y Cultural Argentina, con personería jurídica y residencia en Mendoza. Etchenique identificaba como centro de la actividad subversiva en Córdoba a la clínica psiquiátrica dirigida por el doctor Gregorio Berman y a estudiantes de medicina que desempeñaban tareas en el Hospital de Niños, entre ellos Lázaro Lerner y Héctor Jouve, vinculados con la guerrilla descubierta en Orán, a comienzos de 1964. En Buenos Aires, la guerrilla recibía apoyo de alumnos de las facultades de Arquitectura, Ingeniería y Ciencias Exactas. Sobre esta última, las denuncias tenían un sesgo fantasioso y delirante: el centro de estudiantes dominaba “*la red cloacal de la ciudad de Buenos Aires, la que será utilizada oportunamente para acciones de terrorismo*”. Sobre el financiamiento de los grupos guerrilleros se sindicaba al PC, pero también a dineros habidos en robos, “*tráfico de drogas y trata de blancas*”. Declaraciones recogidas por *La Nación*, 26/8/1965, p. 5.

⁴⁵ CGT, *Hacia el cambio de estructuras*, Bs. As., 1965. Había otro motivo de preocupación para las elites conservadoras: la precariedad de ideas que afectaba al peronismo lo hacía un campo fértil para “*las teorizaciones de la izquierda*”. “Editorial”, *La Nación*, 27/8/1965.

comunistas. Las crispaciones del general Aramburu no le iban en zaga. Atacaba al gobierno por “*permitir una creciente infiltración comunista en los sindicatos obreros y en sectores del gobierno (...) y por la falta de acción positiva en la cuestión de República Dominicana*”⁴⁶.

Las mismas ráfagas de inquietud provenían de pronunciamientos institucionales de la burguesía argentina. Las organizaciones del empresariado alentaron la persecución de las actividades comunistas, a las que imputaban “*la destrucción de las instituciones del país*”. Bajo la conducción de Juan Martín Oneto Gaona, la Unión Industrial Argentina (UIA) consideraba al comunismo una “*amenaza concreta y perentoria*” que, mediante procedimientos sutiles, se infiltraba en diversos estamentos de la vida social; entre ellos, las entidades empresarias, especialmente en ciertas instituciones y fundaciones que, según la UIA, eran manejadas por hombres de filiación y mentalidad comunista⁴⁷.

Según la gremial de los industriales, la acción del comunismo en nuestro país era favorecida por la ayuda conciente o inconciente de hombres ajenos a sus huestes. La imputación de responsabilidades golpeaba al gobierno. Entre los factores que contribuían al incremento de la influencia comunista mencionaba a las iniciativas que distorsionaban la libertad de las fuerzas económicas (alusión que apuntaba, entre otras, a la ley del salario mínimo, vital y móvil y aquella que pretendía incrementar las indemnizaciones por despido)⁴⁸; y a la crítica a las instituciones mejor capacitadas para enfrentar la amenaza subversiva. En un sentido más amplio, las instituciones patronales consideraban como condiciones fértiles para el comunismo a un conjunto de acciones u omisiones que reprochaban, con creciente desenfado, a la administración Illia. Los cuestionamientos incluían la negativa del presidente de dictar la intervención federal a Tucumán, para reprimir las huelgas de los trabajadores azucareros (impulsadas por la FOTIA); las medidas gubernamentales que apoyaban a instituciones de crédito de carácter cooperativo (en las que podía haber influencia de administradores comunistas y

⁴⁶ Las declaraciones de Aramburu fueron registradas en *Clarín*, 8 de julio de 1965; las de Alsogaray en *La Nación*, 21 de agosto de 1965.

⁴⁷ Nacido en 1913, Oneto fue un próspero industrial que ejerció la dirección de la tabacalera Piccardo. Ferviente católico y anticomunista confeso, fue elegido como titular de la UIA en 1961. Tuvo activa participación en el lanzamiento de Asociación Latinoamericana para el Libre Comercio y fue miembro de la primera misión de negocios en Japón. Desempeñó el cargo gremial hasta 1969. La dictadura de Onganía lo invistió como interventor de la AFA entre 1969 y 1971. “Discurso del doctor Juan M. Oneto Gaona en el Día de la Industria”, *Clarín*, 3 de septiembre de 1965.

⁴⁸ Eran los mismos argumentos apocalípticos que venía ventilando el cartel ACIEL (federación de la UIA y de la Sociedad Rural Argentina, creada en 1958), para quien era inconstitucional e ilegal toda intervención del Estado en la vida económica.

socialistas); y la creación del Instituto Nacional del Reaseguro, un poder fiscalizador que regulaba el precio de los seguros⁴⁹. Para la UIA, la batalla contra el comunismo tenía también una dimensión espiritual, expresada en la defensa del “*sentido religioso de la existencia*” y del “*mundo libre*”⁵⁰.

Las evidencias registradas en el presente relato señalan la gravitación de los pronunciamientos e iniciativas anticomunistas durante el inestable escenario político abierto tras la destitución del peronismo. Los argumentos expuestos pretenden demostrar que fueron más que una pulsión alojada exclusivamente en las Fuerzas Armadas. Como se ha dicho, diversos grupos políticos e instituciones asumieron comportamientos reactivos contra la izquierda, especialmente contra los sectores que recibieron expectantes la experiencia revolucionaria cubana, un cauce fluido en el que también se contaban vertientes tributarias de un peronismo resistente e insurreccional. Aún cuando estos clamores de alerta propendieran a cierta exageración de la *amenaza realmente constituida* o sobredimensionaran la confluencia o *unidad* del “enemigo comunista”, intuyeron un registro verosímil de ciertos componentes y características de la radicalización política incubada en la década.

El tono de urgencia conferido a esos discursos públicos, la persistencia y tesón de estas formas de instigación, la acogida y el efecto de verosimilitud que le dedicaron los medios de difusión y la instrumentación de la creencia de que los gobiernos demostraban indolencia o complicidad frente al flagelo fueron filosas aristas que contribuyeron a desgarrar los precarios equilibrios institucionales de la primera mitad de la década.

JUAN ALBERTO BOZZA.

⁴⁹ Alain Rouquié, *Poder militar... op. cit.*, vol. 2, p. 243.

⁵⁰ “Discurso del doctor Juan M. Oneto Gaona en el Día de la Industria”, *Clarín*, 3 de septiembre de 1965.